LA CANCIÓN DE HANDS

TEO PALACIOS

LA CANCIÓN DE HANDS

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio®

Primera edición: enero de 2025

© Teo Palacios, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6461-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 20174-2024

Impreso en España

A ti.
Siempre que seas de los que dan el paso,
de los que se atreven a saltar al vacío
sin saber si se abrirá o no el paracaídas.

Sumario

Mapas 11
La canción de Hands 15
Dramatis personae. 467
Nota del autor 471
Agradecimientos 473

1715



Itinerario del pirata Barbanegra entre 1715 y 1718

1912



La búsqueda del tesoro de Barbanegra en 1912

LA CANCIÓN DE HANDS



Capítulo I

La noche está preñada de sombras y deudas sin pagar cuando el primer golpe impacta en el rostro de Armando Villalobos. El segundo le hace crujir las costillas; si no se ha fracturado alguna, será porque san Expedito se encontraba cerca. Un pensamiento difuso se abre paso con una rapidez inusual en la mente de Armando: tendrá mucha suerte si logra salir con vida de ese callejón oscuro.

Se encontraba momentos antes en la calle Alcalá, envuelta en la negrura de la noche madrileña apenas rota por las farolas de gas, las mismas que los periódicos anunciaban a bombo y platillo que pronto serían un recuerdo cuando se colocara la nueva iluminación eléctrica. Pero, por el momento, cincuenta años después de que se instalaran, seguían resistiendo; luciérnagas a punto de morir. En el aire flotaba el olor cercano de una tormenta de primavera. Pero lo cierto es que ni las luces ni la tormenta ocupaban los pensamientos de Villalobos.

Si estaba en esa calle aquella noche de marzo del año 1912, no era por otro motivo que haber abandonado instantes atrás, con más pena que gloria, el Gatos Pardos, un salón de juegos de poca monta situado en un antiguo edificio cercano a la plaza de Cibeles. Si algo había aprendido, era que la bebida y el juego no suelen maridar bien; y, sin embargo, allí estaba, con una deuda aún mayor tras su paso por uno de los salones de juego de peor calaña de la ciudad.

Caminaba erguido. Vestía un elegante traje gris marengo, aunque el roce de los puños y los codos indicaba que había pa-

sado más tiempo del debido apoyado en una mesa de cartas. El bigote, bien recortado, le bailaba a un lado y a otro bajo el sombrero de ala ancha que le ocultaba el rostro en una danza que aumentaba al ritmo que hacía cálculos de cuánto dinero debía. Y aquella última timba acababa de subir el montante en mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

No le dio importancia al repiqueteo de pasos a su espalda. Ni siquiera lo escuchó al principio, demasiado inmerso en sus pensamientos como para preocuparse por nada más. Debería haberlo hecho; quizás así podría haber echado a correr. Para cuando quiso darse cuenta, una mano enguantada, grande como una fanega, lo sujetaba por el hombro. La profunda oscuridad que le proporcionaba el ala del sombrero bajo la mirada atenta de las farolas no fue suficiente para ocultar la palidez que se apoderó de su rostro antes de poder decir «Jesús». Un revoloteo de gabardinas raídas a su alrededor, un airecillo frío que le recordó lo bien que habría estado metido entre las sábanas a esas horas de la noche, y una voz áspera como pisadas en una playa llena de conchas:

–Buenas noches, Villaconejos.

Armando cerró los ojos. La voz era inconfundible, pero además sólo una persona lo había llamado así antes. El airecillo frío se convirtió en vendaval que le caló los huesos. Quiso tragar saliva, aunque le resultó tan densa y espesa que a punto estuvo de atragantarse, y tuvo que carraspear antes de hablar. Lo que soltó fue un gallo que mostró el poco valor que le quedaba en aquel momento:

–Brau…, ejem…, Braulio… –Se había girado hacia aquel tipo, grande como la Puerta de Alcalá, y ya había visto que lo acompañaba aquel otro hombre, de dientes rotos y ojos saltones, que parecía estar cosido al traje del grandullón de tan cerca que se encontraban siempre. Entre sus manos, algo que no podía ser otra cosa que una porra–. Precisamente iba a visitaros mañana para pag…

Un chasquido de lengua y un movimiento con el índice por parte del tal Braulio fueron suficientes para hacerlo callar al momento.

–No lo intentes, pipiolo. Ya sabemos que te han desplumado en el Gatos Pardos, que ya hay que tener mala suerte o ser muy malo al mus como para perder en semejante tugurio.

–Pienso pagar, de verdad…

–¡Oh, sí! Por supuesto que vas a pagar… Todos pagan, igual que todos morimos antes o después. Tú, Villaconejos… Tú vas a empezar a pagar esta noche. Es más, empezarás a pagar ahora mismo.

Y, por aquello de ahorrar un mal rato a las vigilantes farolas, lo arrastraron a un callejón y, a base de golpes de cachiporra, comenzaron a cobrarse las primeras de las cuatrocientas pesetas que debía.

Capítulo II

–¡Disparad, por vuestra vida!

La cubierta del *Le Chapeau*, normalmente limpia y bien ordenada, era ahora un baile caótico en el que la orquesta la dirigía la Muerte. El humo de los disparos de pistolas y mosquetes se derramaba por las barandillas. La niebla que provocaban impedía que la mayoría de los hombres pudiera ver más allá de cinco metros.

El mercante francés había partido de Marsella cinco semanas atrás con las bodegas rebosantes de tejidos. Desde hacía unos años, la ciudad se había convertido en la referencia textil europea. Las fábricas se adueñaron de las calles y producían algodón y lino de alta calidad. Pero la joya de la corona era la seda. Las condiciones de la región eran ideales para la crianza de los gusanos, y cintas, pañuelos, telas y encajes pronto empezaron a exportarse a todas partes; en especial, eran muy valorados en las colonias americanas. Se convirtió en un producto tan importante para la economía de la zona que las autoridades se vieron obligadas a redactar leyes que regulaban su compraventa y llegaron a imponer restricciones sobre ciertos productos de seda para proteger el comercio. La otra fuente de riqueza de Marsella eran sus vinos, de los que la bodega del *Le Chapeau* también cargaba una buena cantidad de barriles.

Diez días después de salir de puerto, el barco hizo la escala habitual en las Canarias para cargar agua, fruta y otros productos necesarios ante el largo viaje hacia el Caribe. Y, como solía, el capitán Étienne Dubois, hombre pragmático y circunspecto

que realizaría la sexta travesía por el Atlántico, aprovechó para hacer una inspección del barco y asegurarse de que todo estaba en orden. Al fin, cuatro jornadas más tarde, zarparon con destino a Puerto España, donde cargarían cacao, y de allí pasarían a La Habana para adquirir tabaco y azúcar. Y, por fin, arribarían a Charleston, su puerto de destino.

Jamás terminaría esa singladura.

A falta aún de cuatro jornadas para alcanzar La Habana, el mercante se desperezaba al sol de primera hora de la mañana cuando unas velas aparecieron en el horizonte. El contramaestre Lefèvre miró en la dirección señalada por el vigía y de inmediato ordenó alzar su bandera. Tomó el catalejo y esperó, pero aquel barco que se avistaba en la lejanía no mostraba ninguna prisa por identificarse. Rumió una maldición. Nunca comprendería a aquellos capitanes que no cumplían con un detalle tan básico.

No obstante, la nave pareció continuar su avance sin prestarles demasiada atención. Cuando estuvieron más cerca, un marinero les hizo un saludo con la mano, y de inmediato volvió su atención a los aparejos. Lefèvre los observó unos minutos más; luego se encogió de hombros, encendió su pipa y bajó a tomar nota del avistamiento en el cuaderno de bitácora.

Se le cerraban los ojos después de toda una noche en vela. Adoraba el viento cargado de sal y la espuma salpicándole el rostro tanto como odiaba las noches sin dormir. A punto estaba de zarandear al primer oficial para que se despertara y le hiciera el relevo cuando una voz se alzó desde las alturas: «Tous sur le pont!». Y, de repente, la campana ubicada en la cofa comenzó a graznar su alarma.

El sueño desapareció como si Tritón le hubiera clavado su tridente en el trasero. Corrió escaleras arriba hacia la cubierta superior, tomó el catalejo y se fijó en que el barco no sólo había hecho una bordada y se dirigía a toda velocidad hacia ellos, sino que los hombres en cubierta parecían ajetreados; sin duda, se preparaban para el ataque.

–¿Tenemos oportunidad si largamos todo el trapo?

El capitán se encontraba ya a su lado, calándose el sombrero, las legañas aún acostadas en los ojos. Lefèvre negó, desconsolado.

–No, señor. Vamos muy cargados, y el viento los ayuda.

–¡Todo a babor! ¡Desplegad velas! –La orden del capitán se repitió por toda la nave, y al instante decenas de brazos se pusieron en marcha. Algunos marineros ya subían a los palos para largar las velas–. Al menos ganaremos algo de tiempo mientras nos preparamos.

–¿Presentaremos batalla, capitán?

El primer oficial, un joven de poco más de veinte años, temblaba levemente, aunque no hubiera sabido decir si de emoción o temor. Era su segundo viaje como oficial y nunca se habían encontrado en una situación como ésa. Su prometida lo esperaba en Marsella con la firme proposición de casarse a su regreso.

Étienne Dubois observaba a través del catalejo. El barco, que se les acercaba sin disimulo y a toda velocidad, había desplegado una bandera con una calavera blanca sobre fondo negro.

–No permitiré que unos malditos piratas se apoderen de mi barco sin al menos presentarles mis respetos. –Se volvió hacia Lefèvre–. Disparemos un cañón como saludo de bienvenida. Que sepan que nos defenderemos. Veremos si tienen el valor de enfrentarse a nosotros o si se dedican sólo a asaltar a los que tiemblan nada más verlos.

Y, aunque mantuvo a los piratas a distancia durante seis horas gracias a continuas bordadas y virajes, Étienne Dubois pronto pudo comprobar que si algo le sobraba a Benjamin Hornigold era valor para abordarlo.

Quince años antes, tras la muerte de Carlos II, Europa se había sumido en el caos. España no tenía heredero, y Francia quiso imponer a Felipe de Borbón, al tiempo que Austria proponía al archiduque Carlos. Que Francia controlara los territorios de la corona española y todo el comercio de las Indias era una amenaza que ningún otro gobernante podía permitir, de modo

que se armó la Gran Alianza: Austria, Portugal, Gran Bretaña y Saboya unidas contra los franceses.

La que todos conocían como guerra de sucesión española, fue llamada por los británicos la guerra de la reina Ana, y, durante los trece años que duró el conflicto, Gran Bretaña otorgó más de mil seiscientas patentes de corso. Esto le facilitó una armada gigantesca sin ningún coste, además de obtener parte de los beneficios de los saqueos de los corsarios. Más de cincuenta mil hombres se hicieron a la mar en busca de fortuna. Uno ellos fue Benjamin Hornigold, que pasó de mercante a corsario con su sentido patriótico por bandera.

Le fue bien durante esos años, pero en 1713 la guerra llegó a su fin cuando los aliados reconocieron a Felipe V como legítimo rey de España, no sin antes recibir numerosas concesiones: Francia les entregó el control de Flandes, Terranova, Nápoles, Gibraltar y Menorca, e Inglaterra recibió además el monopolio del comercio de esclavos con las colonias. Pero, concluida la guerra, aparecieron otros problemas, porque de la noche a la mañana miles de hombres que sólo sabían navegar y pelear ya no podían hacerlo si no querían ser considerados piratas.

El Caribe se llenó de ellos. Hornigold se convirtió en uno de los más importantes. Y ahora allí estaban.

Le Chapeau había tenido tiempo de prepararse: colocaron barriles vacíos a su alrededor para dificultar el abordaje, cerraron las escotillas, aseguraron la carga –lo que mantuvo a varios hombres ocupados durante un par de horas–, y finalmente se dieron las órdenes oportunas y se colocaron para defender en sus puestos.

Hornigold, por su parte, poco tuvo que explicar a los suyos. La mayor parte de su tripulación llevaba mucho tiempo a bordo y conocía perfectamente sus tareas. Se limitó a comer terreno al mercante y, cuando lo tuvo a tiro, ordenó disparar metralla contra las velas, con la esperanza de que el estruendo y los daños fueran suficientes para frenar el ardor de los franceses. El desgarro en el velamen fue inmediato, y el mercante frenó su

avance como si de pronto hubiera encontrado un banco de arena. En ese momento, un marinero francés se enredó en un cabo suelto y salió catapultado por la borda.

No tardaron los gritos de los piratas en alzarse sobre las olas. Los disparos se apoderaron de la tarde. Desde ambos navíos, los mosquetes cantaban sin cesar, en un intento por encontrar pareja de baile. Las esquirlas saltaban por todos lados, y los barriles vacíos estallaron cuando los costados de las naves se unieron en un golpe que desestabilizó a los defensores. Los piratas aprovecharon la confusión para lanzar garfios y colocar pasarelas. Por el aire, usando algunos cabos, volaron de inmediato los primeros atacantes hacia la cubierta enemiga.

En cabeza, Teach. Junto a él, Black Caesar.

Teach cargó contra el primer francés que vio; un simple impacto con el hombro en la mandíbula y al pobre diablo se le apagaron las luces, al menos por un buen rato. Un golpe con la guarda de la espada sobre el rostro del siguiente le despejó el camino en la cubierta superior. El timonel había desaparecido.

Fue entonces cuando los aullidos de sus compañeros le advirtieron de que ya habían abordado el mercante. Los disparos se redoblaron, y la pólvora pintó el aire de gris, impregnándolo todo con un olor picante y seco.

Una bala pasó rozando los bucles de su cabello negro cuando se disponía a bajar a la cubierta principal. Se giró para fulminar con la mirada al que le había disparado y vio a un muchacho que apenas debía tener diecisiete años. Avanzó a grandes trancos hacia él, mientras el joven, a quien la pólvora le caía por todas partes, trataba en vano de cargar de nuevo su pistola. El humo le impedía ver bien, y el temblor de sus manos hacía el resto. Al levantar la cabeza, la sombra de Teach ya estaba sobre él.

–¡NO-ME-DISPARES! –gritó mientras lo golpeaba tres veces con la culata de su propia arma.

Acompañados del entrechocar de los aceros, los piratas avanzaban con ferocidad. Sus sombrías figuras ganaban terreno con destreza por la cubierta en una danza macabra de espadas y

cuchillos. A sus pies, la madera resonaba con cada golpe fallado, con cada bala incrustada en sus huesos. Los defensores se vieron abrumados por la furia de los asaltantes, pero aun así se esforzaban por mantenerse en pie y luchaban por defender su nave.

«¡Aguantad!», gritó alguien, pero la orden murió, sajada, cuando una hoja le cortó las cuerdas vocales. Black Caesar no perdía el tiempo.

Teach saltó sobre el velamen caído en dirección a la cubierta principal. Quería al capitán de aquel mercante que los obligaba a pelear. Esquivó unos barriles que danzaban sin control y cortó la mano de alguien que se atrevió a alzar su alfanje contra él; ya no volvería a tocar una guitarra, ni a una mujer, fuera hermosa o no. Entonces, miró a su alrededor.

Los hombres gritaban, cortaban, disparaban, daban puñetazos, patadas y hasta mordían cuando no había otra opción. Y al fin lo vio, junto a las escotillas, con el sable en una mano, la pistola en la otra y desgañitándose para que sus hombres resistieran. Pero estaba en el centro del círculo, protegido por los suyos, mirando a un lado y a otro; un cordero que se sabía degollado y no tenía valor para balar.

«Al final no es más que otro cobarde», pensó Teach. Y, feroz, avanzó hacia él. Giró sobre sí mismo como en un paso de baile más de aquella extraña fiesta para esquivar un tajo y se deshizo, de un espadazo plano contra la sien, del pobre incauto que lo atacaba; en su veloz acometida, estuvo a punto de quedar enredado con una vela movida por el viento, pero por fin llegó a las escotillas. Una bala le rozó el hombro, y no pudo dejar de pensar que ya era la segunda. No podía permitirse una tercera. Era una superstición personal. Estaba convencido de que el día que le dispararan tres veces con acierto sería el último de su vida.

Se lanzó de cabeza contra el marinero que le cortaba el paso, quien lo miraba con un temor indisimulado y una mano temblorosa. Apenas tuvo tiempo para reaccionar cuando el cuerpo de Teach, todo músculo, le cayó encima y lo arrojó al suelo, vaciándole los pulmones en un gemido ahogado. Teach se des-

entendió de él, rodó a un lado y, poniéndose en pie con rapidez, apoyó la punta de su daga contra el cuello del capitán.

–Detén esto. Ahora –le susurró al oído.

No hizo falta mucho más. Pocas veces tenía uno la oportunidad de escapar con vida cuando un pirata apoyaba su acero sobre tu cuello, y, tal como había demostrado durante toda su vida, Étienne Dubois decidió ser pragmático una vez más. Asintió levemente y alzó la voz para imponerse al griterío y el desorden:

–*Rendez-vous! Abandonnez vos armes!*

No fue necesario repetirlo. Aunque todavía se escuchó algún grito más, el rumor de las espadas se detuvo y las pistolas y mosquetes descansaron.

☠

–¡Ah, Edward! Cada día me sorprendes más…

En su camarote del *Range*, Hornigold bebía de un barril de vino marsellés. Desde la bodega, emergían las voces y las risas. El *Le Chapeau* había demostrado ser una presa de la que sacarían una buena tajada.

–No menos de ocho mil libras esterlinas que nos habrían costado mucho más si no hubieras actuado con tanta determinación contra el capitán –continuó Hornigold–. La tripulación está contenta. Y, si no hemos perdido más hombres, también ha sido gracias a ti.

Teach apuró su jarra y sonrió de medio lado, pero no dijo nada. Nunca hablaba demasiado.

–¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo sabías que se rendiría?

Se encogió de hombros antes de contestar.

–Conozco a los hombres. Ese capitán era todo fachada.

Aquélla era toda la explicación que Hornigold iba a recibir, y lo sabía. Metió ambas jarras hasta el fondo en el barril para llenarlas una vez más, hizo un brindis y, tras beberse su jarra de un trago, soltó un sonoro eructo. Se puso en pie y palmeó a Edward Teach en el hombro.

–Ven fuera.

Teach lo siguió sin preguntar.

En el exterior, *Le Chapeau* se mecía arriba y abajo, asegurado aún al *Range*. Los piratas que estaban en cubierta comenzaron a dar zapatazos rítmicos al ver a su capitán y su segundo, en un gesto de respeto y reconocimiento. Al momento, los que se habían refugiado en la bodega se apresuraron a subir y reunirse con ellos. Hornigold alzó las manos y, frente a él, noventa voces aullaron al viento y la sal. Después estallaron en una risa generalizada.

–¡Hermanos! –comenzó Hornigold. Teach se mantenía a su espalda, como solía hacer–. ¡Hoy celebramos la victoria y el botín! –Nuevos gritos acompañaron esas palabras–. ¡Y hoy debemos ser justos! ¿Cuántos de vosotros pensáis que Edward Teach se ha ganado vuestro respeto? –Una algarabía de voces contestó afirmativamente. «Si tuviera una hermana, se la regalaría», gritó uno. «Si tuvieras una hermana, ya la habrías vendido», le respondió otro, arrancando las risas de todos–. Pues bien, el hombre que se gana el respeto se gana también la capitanía. –Hizo una breve pausa–. Edward, he ahí tu nuevo barco –dijo, señalando el *Le Chapeau*–. Ha demostrado ser un barco marinero y que responde bien a las órdenes. Sé que le sacarás buen partido. Pero necesita un nuevo nombre, y a ti te corresponde dárselo. Dinos, ¿cómo se llamará tu primer barco?

Teach lo observó unos instantes. Ciertamente, no era una joya, pero sí había demostrado ser un buen barco. Le serviría bien para conseguir nuevas presas. Y nadie había empezado con una fragata bajo su mando. Tenía claro cuál sería su nombre. Llevaba mucho tiempo pensando en ello.

–Amigos míos, ¡os presento al *Fenix*!

Un coro de voces dio su bendición al nuevo nombre.

–Un buen nombre. –Hornigold volvió a tomar la palabra–. Hazlo digno de él. Y, ahora, ¡bebamos, hermanos! –animó a sus hombres–. ¡Tenemos mucho que celebrar!

☠

Las chimeneas de la Casa del Consejo en Bridgetown estaban encendidas, señal de que allí se había reunido la Asamblea de Plantadores. El edificio dominaba la plaza del Consejo, punto radial de la ciudad, con sus dos plantas y sus tejados a dos aguas. Desde el exterior, los transeúntes no podían más que admirar los extensos jardines protegidos por altas verjas de hierro que daban paso a la majestuosa puerta. Diversos salones y despachos se abrían en su interior, pero la Asamblea de Plantadores se reunía en la sala principal del primer piso, alrededor de una larga mesa de roble que presidía el gobernador Robert Lowther. Junto a él se sentaba la flor y nata de Barbados: Samuel Cox, quien también había servido como gobernador hasta unos meses antes; sir John Witham, Sir Roberts Davers, y una decena de terratenientes entre los que se encontraba Stede Bonnet. Para la ocasión, asistía también Robert Byng, vicealmirante británico y comandante en jefe de las fuerzas navales británicas en el Caribe.

–Si seguimos así –decía George Lillington–, pronto caeré en la bancarrota. Los precios del azúcar han descendido casi un cuarenta por ciento. ¡Casi me sale más caro dar de comer a mis esclavos que el azúcar que consigo vender!

–Tal vez debéis alimentar menos a esos negros vuestros, Lillington –contestó el gobernador Lowther alzando una ceja con gesto displicente–. Todo el mundo sabe, excepto vos, que cuanto menos comen más trabajan, para así ganarse lo que se llevan a la boca.

Lillington resopló, aunque se abstuvo de contestar. Era bien sabido que solía tratar a sus esclavos mejor que la mayoría de los terratenientes.

–Sin embargo, eso no impide que la sobreexplotación haya hecho que los precios desciendan, gobernador.

–¿Y qué queréis que haga, sir Robert? –Lowther se encogió de hombros–. No puedo negarle a nadie el derecho a plantar lo

que quiera en sus tierras siempre que pague los impuestos a la Corona. Además, no tengo potestad para imponer prohibiciones en otras islas. ¿Qué puedo hacer yo ante el empuje de Jamaica y Martinica? Sí, Barbados es la joya de la corona del Caribe, pero Londres quiere más, y nadie conseguirá evitarlo. Y he de decir, señores, que martiniquenses y jamaicanos se están tomando esto más en serio que nosotros. Según mis informes –devolvió la mirada a Cox–, en esas islas están trabajando en una selección mejorada de diferentes especies de cañas de azúcar y han conseguido un mejor producto que hace las delicias de Europa; por no mencionar que sus molinos, prensas, trapiches y sistemas de riego son más modernos y, por tanto, más efectivos. Nos estamos quedando atrás, señores. Es un hecho. Y, ante eso, o bien hacemos una fuerte inversión para ponernos al día o bien asumimos la realidad. –El gobernador torció la cabeza, y una sonrisa lobuna se esbozó en su rostro–. Aunque tal vez me estéis pidiendo que las restricciones sean en algunas de vuestras tierras, queridos vecinos…, para así reducir la oferta.

Un murmullo apagado recorrió la reunión al tiempo que todos hacían gestos de negación. Al gobernador no le faltaba razón, por supuesto, pero eso no les daba soluciones. Samuel Cox se acodó en la mesa y miró fijamente al gobernador.

–Por supuesto que no, excelencia. Pero eso no impide que podáis hacer otras cosas. –Cox nunca perdía ocasión de presionar a Lowther–. Sabéis que hace unos meses solicité a su majestad que revisara su política de regulación comercial, puesto que nos está asfixiando. Necesitamos una mayor libertad para poder exportar nuestros productos a otros lugares o será nuestro fin. ¡Hemos de encontrar nuevos compradores! ¿Habéis seguido las peticiones a la Corona, tal como os indiqué cuando os legué el puesto?

El tono de sus últimas palabras dejó claro que Cox seguía irritado por haber tenido que ceder sus poderes a Lowther apenas tres meses antes. Lo consideraba un pusilánime que había ascendido más por su facilidad para reír las gracias a las personas

adecuadas que por sus capacidades administrativas. Cox había prometido soluciones a los terratenientes, pero no pudo cumplir con su palabra al verse obligado a ceder el puesto sin haber recibido respuesta de Londres. El gobernador Lowther acusó el golpe. Se reclinó sobre la silla, entornó los ojos y bajó la cabeza; un toro a punto de envestir. Su voz fue sibilante al contestar:

–Me tomo mis atribuciones tan en serio como vos, Cox. Pero sois un necio si pensáis que la Corona cambiará de política porque el gobernador de Barbados se lo solicite. –Tras esto, se tomó un momento para abrir su cajita de rapé y se sirvió un poco. Continuó algo más calmado–: Olvidan, señores, que a mí me afecta esta crisis tanto como al resto. Ayer mismo volví a escribir a Londres explicando la situación y solicitando cambios –dijo, sin darse cuenta de que se contradecía–. Tendremos que esperar noticias.

El ambiente no podía ser más oscuro. Hasta las altas lámparas de techo parecían haber perdido algo de brillo. Así era, de hecho, pues algunas de las velas se habían apagado sin que ninguno de los presentes se diera cuenta.

–¿Y qué me decís de la piratería?

Los ojos se volvieron hacia Bonnet. Éste, casado, para su infortunio, con Mary Allamby, heredó cuando era poco más que un niño la plantación familiar de cuatrocientos acres. Aún no había alcanzado la treintena, pero, con sus estilos refinados, su aire pulcro y sus lecturas permanentes, era uno de los mayores terratenientes de la isla, y sus palabras solían calar en los demás, a pesar de que nunca se había mostrado interesado en medrar en la política y no pasó de tener más que el rango de teniente en la milicia que se ocupaba de sofocar las posibles revueltas de esclavos.

Varias voces se unieron a él. Algunos ya habían sufrido pérdidas a manos de los piratas, y otros vivían constantemente con el temor de que esos malnacidos pudieran atacar a alguno de sus barcos. Al instante, la sala se convirtió en un corral atemorizado ante los pasos de un zorro invisible. No hacía ni dos meses que

Jonathan Lillington había encontrado la muerte cuando unos piratas atacaron el *Crown*, el barco insignia de su padre.

–¿La piratería, decís? –intervino Lowther, dispuesto a desviar la atención hacia otro tema. Sin saberlo, Bonnet le había dado unos meses de tregua.

–Así es, señor gobernador. Tal vez no podáis meter prisa a la Corona para que solucione nuestros problemas ni impedir que la gente plante azúcar como si de la caña surgiera oro en lugar de granos, pero ¿qué pensáis hacer con la piratería? –Lo señaló con un dedo–. Eso está, sin duda, entre vuestras atribuciones, ¿no es cierto?

–Así es, así es –asintió tras un carraspeo y una nueva dosis de rapé–. Precisamente para eso está aquí el señor Byng. Le pedí que asistiera porque, como vicealmirante y comandante en jefe de las fuerzas navales británicas en el Caribe, tiene mucho que contarnos. Señor Byng, por favor…, explíquenos cuál es la situación y qué es lo que propone para solucionar este problema.

La casaca azul marino de Robert Byng apenas podía contener el impresionante contorno de aquel hombre. Alto, de facciones duras y mirada severa, tal como se esperaba de un oficial de su rango, se puso en pie y con pasos firmes se dirigió hasta un extremo de la mesa, donde desplegó un mapa de la zona.

Durante los más de treinta minutos en los que Byng estuvo hablando, Stede Bonnet no dejó de pensar en que, en ese momento, un pirata tenía mayores ganancias que cualquiera de los que estaban en aquella sala.

Capítulo III

Tres semanas necesitó Armando Villalobos para recuperarse de la paliza que recibió en aquel callejón, y, aun así, todavía le costaba respirar en algunos momentos. Las marcas amarillas del rostro todavía delataban los últimos estadios de los moratones, dándole un aire demacrado que no podía disimular.

El museo, ubicado en pleno corazón de la capital, un antiguo edificio de estilo neoclásico, con sus altos techos y enormes ventanales, era un lugar de reposo y recogimiento. En la última planta, para aprovechar al máximo la luz natural, se encontraba el ala de restauración. Allí, en un ambiente tranquilo y silencioso, donde los compañeros brillaban por su ausencia y pocas veces se escuchaba algo más que un ligero bisbiseo, Armando se sentía de nuevo un niño.

Nacido veintiocho años antes en el seno de una familia valenciana de clase acomodada, pronto mostró su interés por el arte y la restauración. El día en que, con apenas once años, devolvió al antiguo escritorio de su abuelo todo el esplendor que debió de tener casi cien años atrás, selló su futuro. Más tarde, en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos se especializó en la restauración de obras de arte y muebles antiguos.

Pronto consiguió trabajo en el Museo de Historia y Arte de Madrid, un puesto con grandes expectativas y un sueldo suficiente como para disfrutar de algunas comodidades. Y así fue cómo, solo en una gran ciudad, joven, soltero, sin experiencia y con algunas monedas en el bolsillo, comenzó a buscar algunas diver-

siones. Empezó visitando las carreras de caballos, aunque pronto se sintió un poco fuera de lugar con tanto señoritingo de alto copete que lo miraba por encima del hombro y descubrió que lo suyo era algo más mundano: los juegos de cartas. Pero, como en todo juego de azar, por muy bueno que uno sea, siempre hay rachas. Tuvo una buena, al principio. Ganó algunas pesetas y se envalentonó. Era justo lo que estaban esperando los jugadores profesionales, los prestamistas, y se vio obligado a pedir dinero. Aquello fue sólo el principio de sus problemas. La espiral de su caída fue más rápida de lo que jamás hubiera creído posible.

Angustiado por las deudas, se empleó en otro trabajo por las tardes. Un anticuario en el que se dedicaba a pulir arañazos y aplicar barnices; algo sencillo que le reportaba un dinero extra. La intención era firme: usar ese dinero para pagar la deuda y alejarse del juego. Pero, una vez probada la emoción de ganar, y pensando que quizá lograra arreglar sus problemas más rápido si tenía una buena mano, terminó por meterse hasta el cuello con la gente más indeseable de todo Madrid. Y la mejor muestra de ello era la última visita de Braulio, quien le había dejado muy claro que la próxima vez que se encontrara con él… Bueno, no era necesario ni pensar en ello.

Con un suspiro de resignación, intentó alejar aquella idea. Ajustó de nuevo la luz de la lámpara y dejó sobre la mesa el pincel fino que había estado usando. Trabajaba en una antigua mesa inglesa, adquirida por el museo hacía poco tiempo, con la que se pretendía recrear una habitación del siglo XVIII. Sin dudar, tomó una gubia: la ornamentación del cajón derecho de la mesa estaba desgastada y era necesario resaltarla.

Se tomó un tiempo para decidir cómo actuar; necesitaba calmar su mente. Poco a poco, percibió, como le ocurría siempre, que el tacto de la madera le servía de refugio frente al mundo. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que Montalbán, el responsable del área de restauración, lo observaba desde que había llegado. Aquel hombre siempre había sido amable con él, y de hecho se mostró entusiasmado cuando le ofreció